

ESPAÑA

CAPÍTULO TERCERO

SEVILLA Y LA ANDALUCIA

Cádiz, 12 de Setiembre de 1851.

La travesía de Liorna a España duró del 1.º al 12 de Setiembre. Los vientos contrarios de los primeros días retardaron nuestro viaje; pero desde el cabo Palos el buque surcó con admirable rapidez hasta hilar doce millas por hora.

La isla de Elba desapareció pronto a nuestra vista: por largo tiempo vimos el país natal de Napoleon, con sus montes escarpados y su capital Bastia, brillando al sol en lontananza, y mas lejos aún las montañas del país que fué teatro de la actividad excesiva y férvida del grande hombre; pero las costas de Francia no aparecieron mas que un instante.

El aspecto mas curioso fué en seguida el de Gibraltar, de esta poderosa columna de Hércules, sobre la que el dios de la fuerza física grabó prematuramente el *non plus ultra*: súbitamente aparece una roca, ó mejor dicho, una montaña que se lanza atrevidamente hácia el cielo, colocada como terrible centinela entre dos mares eternamente espumantes y eternamente navegados: aquella no es una forma engendrada por la naturaleza, es mas bien un monumento misterioso y singular, elevado por la mano de un dios, y de un dios de la fuerza: tomaríasele á veces por un coloso que surge bruscamente del medio del mar, a veces por un animal

carnicero que descansa bajo los rayos de un sol tropical, ó ya como una enorme y puntiaguda pirámide que se eleva en las nubes y desafía las tormentas de los siglos: es una imágen sin formas fijas; pero imágen del reposo eterno y de la fuerza majestuosa.

A los piés del Esfinge se extiende la vía marítima mas frecuentada del globo, la cinta argentina que atravesaban en otros tiempos las embarcaciones fenicias para aventurarse en el inmenso é ignoto océano, y que los hijos de Albion surcan hoy con sus *steamers* tan rápidos como la flecha, como si fuese un juego, un paseo, y como si el Mediterráneo no fuese mas que un lago agradable en el parque de las naciones, creado y conservado por ellas.

La otra orilla del Stretto no tardó en presentarse. Era una nueva parte del mundo, la tercera que veía en el curso de un año, la ardiente y cálida Africa con su blanca Ceuta, hermana gemela y muy poco imponente del majestuoso Gibraltar. ¡Siempre es agradable el poder anotar en el diario una nueva parte del mundo, aun cuando no se arribe a ella! Comprendí entónces, cuán necesario es, en general, el ver las cosas por sí mismo para rectificar sus ideas: dos imágenes de mi cosmos ideal se modificaban totalmente en presencia de la realidad: las costas de Africa y el estrecho de Gibraltar. Mi fantasía habia revestido a las primeras con el tinte pajizo y monótono de una naturaleza arenosa y desierta, miéntas que a la vista ofrecen montañas de tintes violados y azulados; en cuanto al estrecho, me lo habia figurado tan ancho, que no seria posible percibir las riberas sino en tiempo claro y sereno, y ahora veía, a pesar de que la atmósfera no era muy pura, perfectamente dibujadas las líneas de ambos continentes.

Un viento favorable nos hizo pasar rápidamente el estrecho, y desplegóse a nuestra vista el magnífico océano en su inmensidad. ¿Era una ilusion? No lo sé; pero las olas me parecian mas altas y fuertes, y de un tinte mas pálido. Por fin mis ojos podian contemplar no ya un simple mar, sino un océano sin límites que se extiende hasta el nuevo mundo, y gozaba de la dicha tan grande para un marino de haber pasado las columnas de Hércules, y de hacer resonar sobre las olas del Atlántico el soberbio *plus ultra*.

Navegábamos a lo largo de las costas de España: Tarifa acababa de desaparecer, y nos hallábamos en el campo de honor, inmori-

talizado por la victoria de Nelson, en las aguas famosas de Trafalgar, en donde la Inglaterra, bañada en sangre francesa, se levantó formidable y soberana absoluta de los mares. Por fin, en la brillante luz de una mañana radiante, apareció como un mirage, una ciudad deslumbradora, erizada de torres y torrecillas, una segunda Venecia, una imágen fantástica de la antigua y poética ciudad de los Dux. Cádiz se levantaba delante de nosotros sobre un promontorio en la llanura del mar: su primer aspecto es majestuoso é imponente; pero acercándose mas, se convierte en alegre y gracioso, sin perder nada de su noble belleza. Hicieron llegarse para guiarnos a un piloto del país, y el dia siguiente, 12 de Setiembre, a las tres de la tarde, entrábamos en el puerto, y anclábamos en la ribera española. En la rada mostraban su gallardía los navíos, las fragatas y los bergantines de la marina real, y delante de ellos los buques de vapor y las embarcaciones mercantes: numerosas barcas cruzaban en todos sentidos; era aquel un movimiento de actividad sin igual.

Tocamos tierra en la *punta del mar*, en medio de multitud de hombres de tez morena, de ojos negros, de talle elegante, de facciones nobles y enérgicas, de cabellos de ébano, cubiertos con el sombrerito de terciopelo en forma de plato, y con polainas de cuero bordado. Pasamos la muralla exterior y nos encontramos en las calles de la antigua ciudad comercial, a la que el oro *envenenado* de la América llegaba en tiempos pasados a montones. El oro ha desaparecido y con él el antiguo esplendor, no que la ciudad no tenga hoy cierto aspecto de prosperidad y bienestar; pero no ha conservado ninguno de los monumentos de otros dias. Ya no hay en ella mas que calles largas, estrechas, y con frecuencia irregulares, formadas por casas de un blanco vivísimo con numerosos balcones cubiertos de grandes jaulas de vidrio, y llenos de loros, de flores y de lindas mujeres: la parte inferior de las casas está ocupada por tiendas que dan alguna animacion a aquellas mal empedradas calles, por las que rara vez pasan los coches y el pueblo circula de modos muy distintos, a pié, a caballo ó en mula.

En España, como en todos los países meridionales, se pasa la vida al aire libre, bajo la bóveda del cielo, con la diferencia de que aquí no hallamos aquella ruidosa agitacion, aquella batahola casi

bestial que reinan al pié del Vesubio: la seriedad y la gracia, la decencia y la dignidad, son aquí patrimonio del pueblo, lo mismo que de los grandes. Mas ¿cómo describir a las mujeres españolas? Casi todas visten de negro, color que hace resaltar mejor la belleza femenil: el velo cae elegantemente por la espalda, y se casa graciosamente con la mantilla ajustada al moño; el abanico juega constantemente entre lindos dedos flexibles y ágiles. Viejas y jóvenes llevan el mismo traje, y a unas y otras asienta muy bien el color negro: las viejas, en general, son excesivamente gordas, las jóvenes son esbeltas y ligeras, de chispeantes ojázos negros, de cabellera magnífica, de tez de marfil, de miembros finos y elegantes: en cuanto a sus piés tan ponderados, los hallé en verdad cortos, pero un poco anchos; pisan demasiado derecho al andar. Las españolas son pequeñas, pero llenas de dignidad y decencia en sus movimientos: no tienen la frivolidad de las mujeres de otros países, y saben hermanar la seriedad y la jovialidad. Este pueblo no conoce la palabra vulgaridad: mas sabe lo que es la altivez.

La vida de las calles y la lisura propia de los países meridionales se hallan aquí, con un matiz de originalidad española, y revelan a los ojos del espectador mas de un cuadro de género interesante. Como en las ciudades italianas, encuéntrense por todas partes frutas en abundancia: el asno paciente y bonachon y la vigorosa mula, son las bestias de carga preferidas: pasean por las calles sus harapos y su mugre los mas hermosos niños del mundo, verdaderos pequeñuelos de Murillo. Tres cosas me divertian principalmente en aquella multitud abigarrada: los clérigos con sus sombreros negros de una longitud espantosa que podrian servir de barquichuelo a los muchachos; los negros que ejercen el oficio de limpiabotas, y cuya presencia en este país es un indicio de frecuentes relaciones con las colonias de América . . . y en fin, los gatos descolados que en su mayor parte estarán sin duda destinados a terminar sus días, en lugar de liebre, en la famosa *olla podrida*.

Siendo las iglesias la primera cosa que debe verse en una ciudad extranjera, comenzamos por visitar las catedrales nueva y antigua. La nueva es un vasto é imponente edificio de estilo romano, construido todo de piedra amarilla: observamos en ella,

por la vez primera, una disposicion que es propia de las iglesias españolas, y difiere esencialmente de lo que se ve entre nosotros. El coro forma un cuadro delante de la entrada principal, abierto únicamente del lado del altar mayor, y cerrado por los lados con pared de piedra; el altar es muy elevado y está rodeado de columnas que sostienen una cúpula; a través de los arcos, se perciben en el fondo de la nave, las diferentes capillas que contiene. El conjunto concebido en grandes y majestuosas proporciones, produce un efecto imponente y religioso.

13 de Setiembre de 1851.

Tratábase hoy de ir a Sevilla, capital de la bella Andalucía.

Como el barco no debía partir sino a las once, dimos todavía una vuelta por la ciudad y, bajo un sol ardiente y un calor tropical, visitamos el *Salon de Cristina*, paseo favorito de los habitantes de Cádiz, situado sobre un bastion que domina al mar. Son los paseos públicos, llamados ordinariamente *alamedas*, uno de los recreos de la vida española: las ciudades mas insignificantes tienen la suya; lo mismo que plazas para las corridas de toros; pero estos lugares de reunion, solo son frecuentados por las tardes. Cuando el sol inclina al horizonte su disco de fuego, levántase en el aire una brisa benéfica, y las hijas de España, dejando sus frescas moradas y sus elegantes patios sembrados de laurel-rosa y de naranjos, van, del brazo de sus adoradores, con la mantilla en la cabeza y el abanico en la mano, a pasearse en las calles de árboles que empieza a envolver una sombra misteriosa.

Nos embarcamos a bordo del «Rápido,» buquecillo que hace la travesía de Cádiz a Sevilla; el mar empezaba a agitarse, y era muy divertido ver el bamboleo de las barcas que rodeaban el buque, y observar las figuras de los pasajeros que subian al puente. Fué primero una gruesa matrona izada con todas las precauciones imaginables, agitándose entre el cielo y el agua con una emoción de las mas cómicas; siguióla una señora, pálida y lánguida, que habia sentido ya en la barca el mal precursor de la futura travesía; poco despues una familia inglesa recibia una rociada de impetuo-

sa espuma; un pobre papagayo atacado tambien en su jaula, y sin comprender nada del malestar que sufría, mascaba lastimosamente sus barrotes; un hermoso pájaro de las islas, de brillantes colores, echaba a su rededor miradas ansiosas; toda especie de animales domésticos gemían prisioneros; dos bonitos habaneros, de pelo largo y sedoso, se acurrucaban tímidamente en el fondo de una elegante canasta; todo esto se veía agrupado en pintoresca confusión alrededor de una montaña formidable de bagajes y de cofres. Procuréme un rinconcito desde donde pude contemplar a mi gusto el mundo de pasajeros que se acumulaba sobre el puente, con quienes debía hacer el viaje del Guadalquivir. Ví entónces presentarse una mujer alta y bella, de talle animado, de ojos negros y brillantes, de cabellera de ébano; estaba llena de alhajas, y llevaba la mantilla tradicional sobre magnífico túnico de raso: un abanico de laca completaba su traje, y se adelantaba triunfante en medio de un enjambre de dandys españoles, vestidos con esmero, de finos bigotes retorcidos en punta, de manos de mujercilla armadas de cañas de junco. Con dignidad de reina fué ella a sentarse en el lugar mas visible; y los señoritos que mariposeaban a su lado, la rodearon como a una diosa, felices y orgullosos con parecer encadenados por el irresistible encanto de su mirada. Al principio tomamos aquel extraño grupo por una sociedad de artistas dramáticos; mas, ¡cuál sería despues nuestra sorpresa, al saber que la mujer de vestido azul era una de las mas grandes señoras del reino, la duquesa de Medina Celi, que hacia el viaje de Sevilla con su esposo, uno de aquellos jóvenes elegantes! En San Lúcar, pequeña ciudad de las márgenes del Guadalquivir, se le reunieron la madre y una hermana muy bonita. Varias señoras, de floreciente obesidad, que pronto tuvieron que luchar con el mareo, varios eclesiásticos en vestido secular, y un número prodigioso de turbulentos y chillones muchachos acabaron de sobrecargar el espacio ya demasiado lleno.

Levóse por fin el ancla, y a poco empezaron a bailar las riberas: los dandys se pusieron pálidos y silenciosos, y se engolfaron en profundas meditaciones sobre el movimiento de las olas; las gruesas señoras se tendieron sobre los bancos de los camarotes en las posturas mas cómicas: la duquesa, al contrario, se mantuvo valien-

te y victoriosa. Nosotros tomamos con toda comodidad un excelente almuerzo en medio de los gemidos y lamentos de nuestros vecinos: nos extasiábamos delante de una pálida y soberbia española, que con los ojos cerrados é inmóvil estaba pintorescamente instalada en una butaca, medio acostada y medio sentada, y nos dejaba contemplar a sabor su admirable y blanca cara, y su elegante talle: como permanecía siempre sin cambiar de postura, la llamamos la bella muerta. Cerca de ella los perritos falderos, libres ya de su canasta, daban inquietos la guardia, como finos protectores de su ama dormida. De repente, una oleada se introdujo por la escotilla y fué a rociar a uno de los pobres dandys, que contempló tristemente su pantalon mojado.

Pero las angustias cesaron: Cádiz desapareció a nuestros ojos, y entramos en el Guadalquivir, cerca del cual un bosquecillo de palmeras se nos presentó como mensajero de calma y de paz. En la desembocadura del rio, las orillas del mar tenían aquel aspecto que mi cosmos ideal habria atribuido a las costas de Africa: eran amarillas, bajas, monótonas, y accidentadas solo por algunos oasis con casuchas de un blanco de creta: las aguas del Guadalquivir eran abundantes y terrosas, como en mi imaginacion me figurara las del Nilo. Pronto llegamos a San Lúcar, pequeña ciudad situada en un punto de la ribera, célebre por su frescura en los meses de estío. La sociedad elegante de España va allí por salud, como entre nosotros se trasporta a Hietzing ó a Ischl. Además de las dos parientas de nuestra amable duquesa (cuyo esposo supe despues tiene conmigo un vínculo de parentesco, gracias a la circunstancia de que los Medina Celi deben su origen a un capricho de corazón de un Hapsburgo español), nuestra pobre embarcacion se vió literalmente inundada en esta estacion por una multitud de nuevos viajeros.

El calor era sufocante, la batahola y la falta de espacio nos incomodaban singularmente: empezábase apénas el viaje propiamente dicho del majestuoso rio, vieja arteria de la caliente Andalucía que unía la capital de los moros con el mar trayéndole las riquezas del país, y que por la profundidad de sus aguas permitía á los grandes barcos mercantes llegar hasta las puertas de la ciudad. Otra vez ví burladas aquí mis esperanzas: mi imaginacion, dema-

siado fecunda me representaba un Guadalquivir embellecido por los esplendores y todas las seducciones meridionales; la realidad me trasladó á las monótonas llanuras del país de los Magyares. Bargas desnudas, poco elevadas, arenosas, color de ocre, detrás de las que se extienden hasta perderse de vista vastos espacios, sin árboles ni arbustos, poblados de abutardas, de patos, y de vez en cuando de grandes rebaños, verdaderas sabanas por las que se ve uno que otro jinete bastante parecido a los Csikós, con el sombrerito de terciopelo redondo, y el *poncho*, especie de sayo cuadrado con un agujero en medio para pasar la cabeza, forman un cuadro de desoladora uniformidad y de mortal melancolía. Si aquella comarca estuviese regada por las aguas fecundas del río que la atraviesa, podría organizarse en ella, como en Hungría, un cultivo regular y grandioso; pero el andaluz no trabaja mas que para satisfacer las necesidades mas imperiosas de la vida; recibe de Dios gratuitamente la subsistencia diaria y en su serena indolencia no pide mas: come higos y granadas, baila su bolero, y alimenta su alma con las apasionadas emociones de la *corrida de toros*.

Ya al fin del viaje, cuando llegó la tarde y esparció una frescura deliciosa, llegamos a percibir señales de cultura y de verde vegetación. Soberbios bosques de naranjos, que descendían hasta el agua de la orilla, refrescaban la vista con su sombrío follaje; verdes praderas alternaban con ellos: un jinete en traje nacional, con la rica chaquetilla y las polainas bordadas, montado en silla alta sobre un fogoso árabe enjaezado a la antigua usanza española, seguía la orilla del río; las montañas de la Sierra Nevada aparecían en lontananza, y la vida parecía brotar por todas partes. El país era mas fértil, y nuestra impaciencia iba creciendo a medida que el Guadalquivir serpenteaba en sinuosidades mas numerosas, porque sentíamos que nos acercábamos al término del viaje. De repente apareció sobre los bosques de verdura la famosa cúpula de Sevilla, y lleno de entusiasmo exclamé con el adagio popular: «Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla.» Una vuelta mas del río, y la ciudad se desplegaba por completo a nuestros ojos: a la derecha la soberbia catedral gótica, con su *giraldá* elevándose en espiral sobre las casas y los palacios, y a su alrededor, la ciudad del antiguo esplendor morisco y español, la ciudad de

la espada y de la guitarra, la ciudad de la sangre y de las flores: sobre la ribera las *Delicias*, paseo favorito de las bellas andaluzas, el palacio de San Telmo, magníficamente restaurado por el duque de Montpensier, cubierto de flores de lis de oro que reflejaban los últimos rayos del sol; la *Torre del Oro*, gran torre almenada en donde se guardaba el oro traído de América; en el río algunos barcos descansando en agua dulce de las fatigas del mar, y mas allá el hermoso puente monumental de la reina Isabel; a la izquierda la *Triana* renombrada por sus crímenes y sus sombríos misterios, el barrio de los gitanos y de los bandidos, y a su lado, el triste término de los esfuerzos y de la actividad del hombre, un vasto cementerio con grandes cipreses y majestuosas palmeras, símbolos melancólicos de paz y de reposo.

El buque tocó tierra entre la *Torre del Oro* y el palacio de San Telmo, y entramos en la ciudad por la extremidad de las *Delicias*: algunas monedas nos excusaron la enojosa visita de los empleados del portazgo. La luna hería con sus rayos misteriosos y mágicos el centro de las estrechas calles, y derramaba su romántica claridad sobre las altas puertas, los ricos cornizamientos, y los adornos delicadamente esculpidos de la antigua catedral, delante de la que pasé con un sentimiento de admiración y de respeto: una claridad misteriosa y sobrenatural dibujaba en contornos acentuados las formas mas diversas, y sin el prestigio de los colores, hacía resaltar con limpieza y a la vez con suavidad, la grandeza y la armonía del conjunto. Después de haber dado un vistazo a la casa del Barbero de Sevilla, de quien el guía quería a fuerza hacer un personaje histórico, llegamos a la Plaza de la Constitución ó del *Ayuntamiento*, embellecida por el magnífico edificio del mismo nombre, para dirigirnos a nuestro hotel, la *Fonda de Europa*: esta es, en toda la extensión de la palabra, una construcción española, con su patio tradicional, su pórtico elegante, su ancha escalera ricamente techada, y sus pequeños cuartos con el enlosado de ladrillo, cuyas ventanas están cubiertas de bonitas esteras de paja: de estos cuartos, se sale a un gracioso balcon para oír los conciertos de la guitarra y los cantos del ruisenior, para respirar el dulce perfume de los jazmines y de los mirtos, y para contemplar el pintoresco aspecto de la estrecha calle, en la que en cente-

nares de balcones, hay sentadas lindas mujeres, conversando y abanicándose medio ocultas a la vista por las cortinas y las flores. Una de las principales distracciones en las posadas, consiste en mirar las imágenes que entapizan las paredes. Gracias al gusto desarrollado por las bellas artes que caracteriza nuestra época, hállanse hoy en toda la Europa y aun en las otras partes del mundo, grabados que representan la historia de Genoveva de Brabante, las hazañas de Guillermo Tell, y las aventuras de ultramar de Pablo y Virginia. En las paredes de mi cuartito hallé, *horribile dictu*, la historia del Judío Errante, con explicaciones en francés y en español. Así, pues, ha penetrado hasta en la Península dorada el veneno de la Francia, que semejante al mercurio siempre brillante y siempre agitado, cambia el noble y puro metal en una masa gris y sin lustre. No he leído el Judío Errante, ni lo leeré nunca, porque no alcanzo el provecho de estas obras inútiles que ponen al alma en tortura: ellas no pueden procurar ni recreo, ni instruccion; no causan mas que una excitacion momentánea, y solo sirven para la relajacion del espíritu y del corazón. Pero qué remedio, ¿no están de moda? y los dignos posaderos españoles, no deben hacer ver al público de sus huéspedes, que en el capítulo de la literatura moderna, saben estar al nivel de los hombres mas ilustrados? Continúad, y buen ánimo. ¡Eugenio Sue enriquecerá vuestras almas, y el odio al clero y el apoteosis de la inmoralidad, hará prosperar a vuestro país!

Desde nuestra llegada, el mozo del hotel nos anunció que al siguiente dia habia corrida de toros: estas corridas son la mayor y mas notable de las fiestas nacionales españolas; la perspectiva de ver una me llenaba de impaciencia y de alegría. Cenamos agradablemente en el encantador patio; y bajo el elegante pórtico rodeado de fresca verdura é iluminado por la dulce luz de la luna y de las lámparas, aprendí a admirar la arquitectura morisco-española. Digo «morisco-española,» porque un gran número de casas de Sevilla están construidas en este estilo, y datan, como nuestra *Fonda*, de la poética época de los moros, ó por lo ménos han sido fielmente copiadas de esta arquitectura ingeniosa y ligera, en cuanto a la forma general, si no en cuanto a la riqueza de ornamentacion. Sus patios interiores presentan un abrigo delicioso contra el

calor del dia, un lugar paradisáico en donde el pacífico habitante puede gozar a sus anchas el retiro y el reposo. Si al contrario, quiere gozar del aspecto animado de la calle, no tiene mas que salir a los balconcitos exteriores, ó abrir sencillamente la puerta y las cortinas del patio, dejando cerrada la reja de hierro que separa la calle de la casa.

Para los paseantes es un placer sin igual el echar una mirada furtiva a través de los barrotes de esta reja hasta las profundidades misteriosas del patio, a aquel centro encantado de la vida interior; véñese entónces graciosos pórticos con piso de mármol deslumbrador, pequeños saltos de agua cuyo polvo húmedo y plateado cae ligeramente en elegantes estanques, laureles-rosas y naranjos en flor, y en medio de todo esto a las mujeres mas bellas alumbradas por una luz dulce y velada durante el dia, y en la noche por la discreta de las lámparas ocultas en el follaje. El patio es el verdadero retiro de los graves españoles; es un producto oriental, una flor del Oriente, es el centro de la existencia interior en el palacio de los reyes como en la habitacion mas humilde; pero las casas españolas tienen una ventaja sobre las del Oriente; poseen esos balconcitos cuyo uso no podría conciliarse con las costumbres celosas y el carácter retirado de la vida árabe. Salí al mio con un *cigarrillo de papel* en la boca, y en medio del perfume de las flores, de los conciertos de la guitarra, bajo la bóveda resplandeciente de un cielo estrellado, contemplé enajenado la animacion alegre de la calle.

14 de Setiembre de 1851.

Visitamos hoy el Palacio del *Ayuntamiento* situado en la Plaza de la Constitucion. Es un hermoso edificio del siglo XVII, de columnas adornadas con arabescos y bajorelieves; desgraciadamente ha quedado sin concluir como tantos otros monumentos notables del pasado: me pareció que se ocupan poco de su conservacion. Los muros y las columnas son de creta; la arquitectura pertenece al último estilo del renacimiento que puede llamarse todavía bello y se halla en el límite de la decadencia. Aquí encontré ya recuerdos de familia, recuerdos de una época en la que la Es-

pañá, bajo las alas del águila de dos cabezas, estaba en el apogeo de su grandeza, y era el imperio mas vasto del mundo, un imperio en que el sol no se ponía nunca; de una época en que el mas grande de los Hapsburgos pronunció el famoso *plus-ultra*, y abrió por las columnas de Hércules un camino al porvenir. El águila majestuosa y las columnas con la altiva divisa cubren todavía hoy las paredes del Ayuntamiento.

De esta plaza se dirige uno por una calle estrecha y horriblemente empedrada, a la catedral, la verdadera maravilla de Sevilla, y uno de los mas hermosos monumentos del arte cristiano. La gravedad del estilo gótico reina aquí bajo esas bóvedas misteriosas é inmensas recargadas de adornos y de graciosas blondas, estremeciéndose bajo el soplo de la fe; los elegantes arcos corren de pilar en pilar como otros tantos florones de una soberbia diadema; las altas ventanas de forma ojival se lanzan hácia el cielo, y sus sombrías vidrieras que solo dejan pasar una luz amortiguada y misteriosa, completan aquel conjunto verdaderamente incomparable. Véanse también arcos moriscos ovalados y decorados con aquella prodigalidad de adornos que caracteriza las obras de los maestros árabes y les da un carácter tan vaporoso y tan ligero; los arcos dobles con sus columnitas de mármol colocados en la mayor parte de la giralda, indican que fué construida casi en su totalidad bajo la dominación musulmana.

A la extremidad de la nave pasamos la reja de una capilla bastante grande y de construcción nueva. Detrás del altar, una cortina encarnada cubría el sepulcro de San Fernando, mi patron. Confieso que no había sabido nunca, ó por lo ménos había olvidado, que este piadoso monarca estuviese sepultado en Sevilla; por lo tanto, grande impresión me produjo que el sacristán me dijese de repente que allí reposaban los huesos de aquel con cuyo nombre fui bautizado, de quien tengo el honor de descender y a quien la Iglesia ha constituido mi principal defensor ante el trono de Dios. El sepulcro con la cortina roja está en medio, vénese á derecha é izquierda grandes nichos, y en cada uno, bajo un dosel de terciopelo, un ataúd cubierto con un paño, una corona y un cetro de oro. Dos hijos de Fernando reposan allí. Alfonso por sobrenombre el Sabio, y una de sus hermanas. Me producía una

impresión extraña el ver aquellos sepulcros adornados y expuestos a la vista del público, como si hubiesen sido depositados ayer, llevando, sin embargo, las señales de la mas alta antigüedad. Era aquel un cuadro de una gravedad imponente é impregnado del carácter augusto de la antigua monarquía cristiana. El santo y sus hijos se hallan reunidos en la casa de Dios, que arrancaron de las manos de los infieles, eligiéndola para sepultura comun; son tumbas revestidas de dignidad y de majestad religiosa, que en nada se parecen a aquellos monumentos de estilo sensual y pagano desprovistos de las insignias de la fe, como los que se levantaron los orgullosos Médicis y como se encuentran con demasiada frecuencia en Italia, en donde la vanidad humana se imagina que puede reemplazar a la simple y divina grandeza de la religión, con esculturas y epitafios ambiciosos. Aquellos monumentos son los de una piadosa familia cuya majestad y grandeza se humillaba ante el signo augusto de la cruz.

Muéstranse en la catedral dos obras maestras de Murillo: un *San Francisco* en éxtasis, y un *Angel Custodio*. El primero es ciertamente una creación sublime; jamás se ha llevado tan lejos la magia de la pintura. El santo en éxtasis está arrodillado, con los ojos vueltos al cielo; atraído por la fuerza de la oración, baja el Niño Jesús de nube en nube y se detiene delante de él para bendecirlo: estas nubes vaporosas forman una corona de alegres angelitos. Me parece que la figura del Niño es un poco amanerada; defecto que se halla con frecuencia en este gran maestro. También me agradan medianamente los angelitos, que saltan, caen, suben y se acuestan en tormentosa confusión; no soy partidario de las anatomías demasiado arriesgadas, como las que el Corregio se permite exageradamente. Pero la figura del santo es de incomparable belleza: la piedad, el fervor expresados en aquellas facciones, en toda aquella postura, son de un efecto maravilloso; es en efecto, un gran santo, un ser inspirado por Dios, el que tenemos delante. En cuanto al *Angel Custodio* con el Niño, imposible me es hallar en ellos algún carácter de elevación y de grandeza. Manifiéstanse en Murillo los mayores contrastes, no solo entre un cuadro y otro, sino frecuentemente en una misma obra: la belleza, la gracia, la nobleza, se ven al lado de lo comun

y de lo rústico; deliciosas Madonas al lado de Niños Jesús vulgares.

Las capillas situadas a derecha é izquierda de las puertas laterales, son famosas por la riqueza extraordinaria de su ornamentación gótica.

Celebróse la misa mayor detras de las rejas doradas del coro. La catedral se mostraba en su imponente majestad; llegaba el momento supremo de la elevación: las graves y patéticas voces del órgano resonaron bajo las bóvedas góticas; las cabezas de los fieles se inclinaron al sonido de las campanas; una columna de incienso subió como vaporosa nube al altar para saludar el sacrificio augusto, que hacia descender entre nosotros al Señor del mundo, al Hijo de Dios: es uno de aquellos momentos sublimes, conmovedores, solemnes, que solo pertenecen a la verdadera religion católica, y arroban en adoración y éxtasis el corazón del hombre.

Cuando hubo acabado la misa, emprendimos una visita al *Alcázar*. También esta es una obra de un pueblo creyente; pero que no conoció la verdadera luz. Su sensualidad que juega tan gran papel en la vida musulmana, ha impreso su sello en este maravilloso edificio. Se asombra uno, se admira, y sin embargo no siente mas que una excitación agradable de la imaginación: la gravedad superior falta completamente.

La entrada principal del palacio se halla en una elegante y pintoresca fachada iluminada con variados y vivos colores, y cubierta de una red de adornos, de una guirnalda de arabescos graciosamente combinados. Pequeñas columnas y alegantes arcos soportan la bóveda a la manera oriental: las paredes exteriores están tejidas de hilos de oro y de seda como una alfombra del Oriente: este edificio es ligero y fantástico como el poético espíritu del pueblo que lo construyó. Sobre la puerta, en el patio exterior situado delante de la parte principal del edificio, se lee una sentencia del Corán.

Entramos al jardín por una avenida lateral, é inmediatamente se desplegó a nuestra vista un mar deslumbrador de verdura y de flores. Cierra uno de sus lados un alto muro guarnecido de grutas, de estatuas y de pórticos. Conchas y mármoles preciosos dibujan en la piedra adornos en mosaico, mientras que elegantes terrados,

adornados con paños barnizados, soportan la superficie unida y límpida de un estanque cuyas aguas riegan el jardín: elévase en medio del estanque una estatua en bronce de Mercurio.

Conduce de este punto elevado a un jardín interior, dividido por terrados y muros de naranjos, una escalera cuya parte inferior abriga una nueva gruta de conchas, con su agua dormida y misteriosa, y cuyos escalones están rodeados de festones de rosas trepadoras. En medio de platabandas cortadas en figuras regulares, se levantan dos columnas coronadas de estatuas: angostos y bonitos paseos rematan en un pequeño sitio, en el que hay una elegante fuente. Una puerta abierta en el follaje, conduce a un nuevo y mas amplio compartimiento de aquel bosque de naranjos; por doquier las grutas y las estatuas, las magnificencias de la piedra y del mármol, atestiguan el antiguo esplendor de este eden creado por Don Pedro.

La fachada del palacio que cae de este lado se liga con el jardín, descansando sobre una bóveda que rodea el vasto estanque en donde el rey de Aragón, acariciado por las brisas de la tarde y embriagado en los suaves perfumes de los naranjos y los mirtos, se bañaba con su amada, la bella María Padilla, mientras que desde un estrecho calabozo, que todavía existe, la desgraciada reina se veía obligada a presenciar los placeres criminales de su esposo. Cosa extraña, sin embargo: Pedro *el Cruel* y el feroz Felipe II son acaso los monarcas de España que han gozado de mayor popularidad: ellos han dejado en su país gloriosos recuerdos históricos y de este modo han llegado a ser para los españoles los reyes por excelencia. En un compartimiento lateral hay otra puerta rodeada de preciosas flores, llegándose a ella por un laberinto de verdura.

El mas bello adorno de este mágico jardín es un pabellón morisco construido por Carlos V, príncipe de mi casa, tan querido de mi corazón, en el cual tenia el grande hombre costumbre de tomar sus comidas; un pórtico rodea la elegante sala, en la que se ve aún una pequeña fuente dispuesta para recibir el chorro de agua que ahora le falta. Las paredes están decoradas con ricas piedras labradas barnizadas, que llevan en relieve el águila de dos cabezas y la doble columna: en las losas del suelo está grabado el año 1546.

Cuando volvimos al jardín, soltaron, a pedimento nuestro, al-

gunos de los antiguos chorros de agua: las grutas se llenaron de un polvo de plata, del piso de las calles brotaron profusamente elegantes fuentes cuyo gorjeo derramaba por los aires un voluptuoso murmullo.

¡Qué delicia debe ser la de pasearse y vivir en medio de semejantes encantamientos! ¡Cuán maravillosamente cuadra aquel murmullo de las aguas a las noches serenas de España alumbradas por la luna! El jardín interior no pertenece a la misma época que el palacio morisco; pero los vencedores cristianos, en su sensualidad poética, supieron ponerlo en armonía con el edificio que vamos a visitar ahora.

La escalera es ancha y majestuosa; las esculturas de madera del techo, son de una belleza que arrebató; allí ha dejado su huella el genio grandioso de Carlos V. Las salas superiores sufren grandes reparaciones, porque el tiempo y la mano bárbara de los hombres las han deteriorado; pero hay que ver todavía en ellas muchas cosas notables: parece que el espíritu de los antiguos califas habita aquellos lugares, y los siglos no han podido borrar las encantadoras creaciones de su imaginación soñadora y fantástica. El Alcázar es una tienda real y magnífica, cuyas elegantes columnas sostienen soberbios brocados de Damasco, tapices de la India y velos de encaje de maravilloso tejido.

Mira uno, y se pregunta si los tibios soplos del viento no van a levantar el velo de encaje, si los tapices dorados no comienzan a ondular movidos por las brisas de la tarde: ¡ilusión maravillosa, producida por la magia del arte oriental! Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido bajo aquellas hechiceras bóvedas, y los tapices de la India están aún suspendidos de las mismas columnas de que los colgaron en tiempos atrás los califas: la tienda fantástica que los reyes del Oriente armaron a orillas del Guadalquivir, está toda construida de piedra y sólidos materiales. Aquellas ricas tapicerías, aquellas ingeniosas combinaciones de figuras regulares, que dan testimonio de la ciencia de los maestros que las dibujaron, no son más que un mosaico de ladrillos pintados y de piedras delicadamente esculpidas: esos velos de encaje que encantan nuestra vista son el trabajo en claro más ligero y más fino que mano humana haya jamás hecho con mortero y

arcilla. Enlázanse por todas partes sentencias ó *suras* del Corán en caprichosos y fantásticos arabescos.

Cada sala tiene sus bellezas particulares y merecería un largo estudio: algunas de las piezas principales tienen la altura de dos pisos y están coronadas por galerías elegantes desde las cuales se pueden contemplar las magnificencias que se desarrollan a los pies. En el ala derecha se nos mostró una capilla, medio gótica y medio morisca, que alcanza a la época de Isabel de Castilla. Un arte admirable ha unido aquí las líneas austeras é imponentes del estilo gótico a la riqueza de la ornamentación oriental: la ojiva creación mística del genio cristiano y germánico, tiene por adorno la granada morisca fina y graciosamente cincelada; la invención original de los mahometanos, el ladrillo barnizado, se ve empleado en un uso cristiano y forma la parte superior de un altar representando la *Anunciación*. Cerca de allí hay una pieza, cuyo techo de madera maravillosamente esculpido en relieve recuerda ya la época moderna. Se atribuye á Carlos V, uno de los últimos monarcas españoles que hayan habitado aquel encantado palacio.

La sala de los embajadores es la obra maestra del arte morisco. Allí se ha desplegado para deslumbrar y fascinar la vista el más prodigioso lujo de ornamentación que pueda acumular la mano del hombre. Ancha puerta conduce del patio a esta sala; a derecha é izquierda, y abriéndose sobre las piezas laterales, se elevan elegantes pórticos cubiertos de los más delicados adornos. A la altura del primer piso, hay tribunas dispuestas a lo largo de las paredes: el techo dorado forma cantidad de pequeñas y brillantes cúpulas cuyas líneas regulares se elevan y juntan en pirámides. Estas cúpulas alternan a su vez con pirámides de oro trastocadas, formando tantas elegantes estaláctitas cuantas podían adaptarse exactamente en los huecos de las pequeñas bóvedas. Este tablero de pequeñas cúpulas que nacen unas de otras, cruzando y cortando a cada instante sus aristas, parece más bien producto de una cristalización fortuita que obra de mano humana: el azul, el rojo y el verde brillan aún en las molduras con un lustre casi tan vivo como si acabasen de ser dados. Las paredes están cubiertas desde el friso hasta una altura de hombre, de bordados de estuco de delicadeza y complicación increíbles; centenares de años han tras-

currido, y el oro y los colores resplandecen todavía con arte misterioso y mágico para formar el mas brillante y bello esmalte.

Uno de los adornos mas graciosos empleados en este palacio son las hojas de vid delicadamente esculpidas en la piedra. Ellas nos prueban que los moros emplearon en su decoracion no solo las líneas geométricas, sino tambien las ricas y vivas formas de la naturaleza. El Coran prohíbe a los mahometanos la reproduccion de la forma humana: los cristianos fueron quienes en tiempos posteriores establecieron, en la sala de los embajadores, en los intercolumnios, los retratos de los reyes de España, entre los que tambien se muestra a los extranjeros la bella y noble figura de María Padilla: las facciones de esta soberbia mujer expresan su altiva gravedad. Bajo cada retrato está el blason del personaje, con una inscripcion que indica su nombre, y además, en los de los reyes, el año del advenimiento y el de la muerte. Los cortes practicados sobre las entradas para dar acceso al aire y a la luz, son de una delicadeza y de un gusto maravilloso. Nunca ví en ningun otro país del mundo cosa semejante, ni admiré nada tan delicado y tan seductor. Los entretejidos de esos ligeros recortes son de gracia y nobleza incomparables, y solo merced a largos estudios y a un sentimiento artístico de los mas exquisitos, se pudo lograr formar semejantes dibujos por el simple entrecruzamiento de líneas rectas. Revélase un arte perfeccionado hasta en los arabescos de color de los ladrillos barnizados cuyo matiz principal es siempre el verde, color del Profeta: al primer aspecto cree uno ver una mezcla de matices confusos; pero mirando mas de cerca se descubren las figuras mas maravillosas, que se extienden sobre el muro, desde el piso hasta la altura del hombro, y se confunden para formar una figura única y principal que se repite por todo el palacio, y pone en armonía los patios, las paredes y las galerías.

La gran capilla del Alcázar, de estilo completamente moderno, no ofrece mas interes que el de haber servido en otro tiempo de habitacion a la famosa Padilla, y conduce por una escalera secreta al departamento de Don Pedro.

Desde lo alto de una galería cubierta contemplamos el aspecto interior del patio: doble arquería la rodea en el piso bajo y en el principal; los arcos están sostenidos por ligeras columnas; los ara-

bescos matemáticos de los ladrillos barnizados adornan las paredes de la galería inferior, y en medio del patio se levanta una doble fuente de mármol de la que salta un chorro de agua. En la galería de arcos del piso bajo, del lado derecho del patio, se levantaba en otro tiempo el trono en que se sentaban los reyes moros para recibir el tributo de las cien hermosas jóvenes que le pagaba anualmente el país. En esos lugares en que florecieron el esplendor y el brillo del despotismo oriental, solo reina ahora la calma de la muerte, y solo el paso del extranjero resuena en aquellas salas en que los ricos tejidos de cachemira protegían los piés de los Califas del frio del mármol, en donde los vapores ligeros del ámbar ascendían graciosamente bajo las bóvedas doradas, en donde las rosas cubrían con sus festones las columnas de jaspe, y en donde el sonido del laúd y el murmullo de las aguas resonaban en la calma de las noches alumbradas por la luna.

El poético espíritu de Carlos V respetó aquella morada que la espada de Fernando había sabido arrancar a los descendientes del Profeta; pero el dulce cielo de España enervó la raza de los reyes alemanes y franceses, y el sentimiento de lo grande, el genio creador se eclipsaron poco á poco.

Siguiendo la galería a lo largo, se llega por una puerta sobre la que hay pintadas tres cabezas de muertos, a una sala magnífica que en tiempos pasados conducía por una escalera secreta a la habitacion de D. Pedro. Las paredes están cubiertas de soberbios arabescos en relieve, en los que se nota la figura de un esclavo encadenado; pero encadenado de modo que debe tener a su vista el continuo aspecto de una cabeza de muerto. Sobre la puerta principal se nota un pedazo de pared blanqueado; allí es donde D. Pedro se había hecho representar con su querida en una postura indecente: Isabel de Castilla al llegar a instalarse en el Palacio, hizo borrar aquella pintura.

Las otras salas, adornadas con todo el esplendor y la magnificencia orientales, llevan ya las trazas de la dominacion cristiana; así véense figurar entre los adornos el águila de dos cabezas y las columnas de Carlos V.

En el piso bajo, enfrente de la entrada principal, se halla una sala de honor que comunica con las arquerías por una gran puer-

ta de madera magníficamente esculpida. Desgraciadamente los arcos moriscos, tan originales y tan graciosos, han sido reemplazados casi en su totalidad por puertas modernas. La sala de los Embajadores, vista de abajo, no pierde nada de su prestigio: a través de las elegantes arcadas cubiertas de tejidos de adornos calados se perciben las piezas laterales. Desde uno de los balcones de esta sala, es desde donde D. Pedro el Cruel tuvo con su hermano D. Fadrique un altercado premeditado, a consecuencia del cual le hizo dar de puñaladas a una señal convenida. En la pieza lateral de la derecha hay una inscripción que indica todavía el lugar donde la víctima cayó al suelo. D. Pedro castigó por sí mismo uno de sus crímenes de un modo raro. Había asesinado durante la noche en las calles de Sevilla a un hombre, y se imaginaba que nadie le había visto; pero una vieja que pasaba de casualidad por allí con una linterna sorda, lo había reconocido en su cojera. Al día siguiente encontré a la víctima; el alcalde corrió adonde se hallaba el rey para pedir justicia: éste, sin sospechar nada, prometió que el culpable sería decapitado y su cabeza expuesta públicamente. El alcalde entonces, informado por la vieja, declaró a D. Pedro que había sido reconocido. El rey, como se supone, no se dejó decapitar en persona; pero para no faltar completamente a su palabra, hizo esculpir su cabeza y exponerla detrás de una reja en una calle de Sevilla, en donde se la ve todavía hoy.

Visitamos además algunas salas reparadas con más ó ménos inteligencia y gusto, y después de haber recompensado por sus servicios al viejo *cicerone*, salimos del Palacio por las grandes y magníficas puertas de la fachada, envidiando la suerte de aquellos a quienes cupo ver este edificio incomparable al principio del siglo, cuando todos los muros resplandecían todavía con el brillo de mil colores. Fué en efecto por el año de 1820 cuando un inglés, inspector del Alcázar, cometió el crimen inaudito de blanquear los deliciosos adornos de la fantasía oriental, de manera que hoy solo se puede juzgar de la antigua magnificencia por algunas partes felizmente preservadas. No hay expresiones bastante fuertes para calificar semejante vandalismo, y solo es de sentirse que el culpable haya muerto impune é innominado.

Antes de abandonar este palacio, debo tratar de resumir mi impresión en globo.

El Alcázar no tiene el carácter grandioso de las antigüedades de Grecia y Roma, ó de los monumentos de la edad média: no es uno de aquellos edificios que obran poderosamente en el alma por sus dimensiones gigantescas; no despierta grandes recuerdos como el Acrópolis de Atenas, cuya sola vista trae a la memoria la historia de un pueblo entero: es la amable y arrobadora creación de una época poética y sensual, un edificio elegante y ligero que carece del pensamiento de la eternidad. El Islamismo no permite a sus fieles sino habitaciones pasajeras, campamentos en el camino de la peregrinación terrestre: el ideal del mahometano es el de una conquista sin descanso hasta que la espada del Profeta haya acabado la conquista del mundo, y por esto en las ciudades orientales la mayor parte de las casas son de madera. En el Alcázar, parece que los califas quisieron realizar con la piedra el ideal del *Palacio de un instante*, una tienda guerrera destinada para servir de modelo a las generaciones futuras y para eternizar con ella el tipo de la arquitectura provisional y ligera.

La fatiga de la vista, indisposición tan común en los viajeros entusiastas, empezaba ya a hacerse sentir, y sin embargo, teníamos que visitar todavía la iglesia de Santa Catalina para ver Murillos. Cuatro lienzos son principalmente notables: dos grandes que representan una *Cena* y un *Moisés*, y dos más pequeños; un *Cristo* y un *San Juan Bautista niño*. Estos dos últimos pertenecen al estilo más vigoroso del gran maestro; son verdaderos hijos del pueblo, naturalezas enérgicas y fuertes, revestidas de carnes flexibles y firmes. Rafael y Van-Dyck son pintores aristocráticos; Murillo es el pintor popular: sus figuras, convengo en ello, carecen de gracia ideal, pero en recompensa, tienen la fuerza, poseen una rara potencia vital; no podría desconocerse en él un generoso esfuerzo, una tendencia a elevarse a regiones superiores y aun celestes. Pero en general, la vulgaridad de sus modelos españoles lo encadena a la tierra. Solo un corto número de sus Madonas y de sus santos, como por ejemplo el *San Francisco* de la catedral de Sevilla, están penetrados de inspiración verdaderamente ideal. Y sin embargo, a mi entender, esta inspiración no anima nunca